

Miércoles, 16 de Marzo

La Montaña

Esto ocurrió hace mucho tiempo. Hubo un planeta pequeño, completamente liso, y le salió una montaña que creció hasta quinientos metros. Así estuvo un millón de años, pero en este tiempo comenzaron a surgir en la llanura otras montañas, que también crecieron.

La montaña primera, irritada por la pérdida de su dominio, hizo esfuerzos y creció 300 metros más. Y a medida que transcurría el tiempo, creció algunos metros en proporción a su orgullo. Hasta que comprobó que en sus cumbres ya no había vida a causa del frío y de los fuertes vientos, contrastando con las otras montañas, acariciadas por suaves brisas y cubiertas de árboles donde anidaban mil clases de pájaros.

¡Qué envidia! Por fin no lo pudo aguantar más y estalló convertida en fiero volcán, envenenó el aire, mató toda vida, desoló sus propias laderas, secó y arruinó todas las montañas a su lado. Pasada la furia loca, vio su obra y apagándose, se arrepintió.

De sus laderas brotaron lágrimas en forma de fuentes purísimas a cuyas aguas regresaron de nuevo los pájaros y con ellos las semillas. Volvió a brillar el sol cuando disiparon las cenizas. Como su tierra era nueva, salida de las entrañas del planeta, rica en minerales y gérmenes de vida, la montaña se hizo pronto hermosa, muy verde y adornada de nubes que le dieron sombra y caricias.

Su vida se contagió a las otras tierras y siempre vivió erosionándose, callando humildemente, convirtiéndose en un frondoso valle de ríos y bosques que aún hoy se puede reconocer.

Reflexión: para los que se sienten como la montaña que una vez fue egoísta, todavía hay tiempo para florecer. Para los que están a punto de volverse volcanes, pueden evitar llegar más allá. Pero nunca es demasiado tarde si actuamos hoy con humildad.